

## LOS HOMBRES ROJOS

A Francisco Alemán Sainz

**L**A baranda se alargaba hitada en florones de cemento mordidos de vejez y abandono. Abajo, en el lecho, una selva de altos cañaverales disputaba cauce al agua. Más allá, en confluencia de río, paseo y cañas, se podía contemplar perfecta, simple y familiar la casa del Molino de Roque. De allí salían aquellos hombres rojos, rojos como los sacos que cargaban sobre los hombros. En sus cabezas, un pañuelo anudado en las esquinas enrojecía igualmente del polvo escapado a través del esparto. Sus camisas, blancas, se habían oscurecido, quedando en un tono levemente anaranjado, desprovistas de cuello y arremangados los puños. Sus pantalones, ceñidos por cuerdas, presentaban sobre su original negrura un tenue destello de azafrán. En los pies, unas alpargatas de suelas de esparto combinaban el aloque de la lona con el luto de la cinta que las ataba a la pierna.

Por la cascadilla del río, un agua marrón, casi roja, resbalaba con rumborcillo de hojas en viento de abril. Si no salían los hombres rojos, mirábamos saltar los pececillos contra la cascada. Aunque nunca lograban alcanzarla, llegaban hasta casi la cimera de la pendiente, donde coleaban tenaces, manteniéndose hasta que eran arrastrados aguas abajo. Nunca estuvo sólo el talud del río, siempre pudimos contar tres o cuatro luchando contra la corriente.

Para unos era el fino polvo de tierra traída en los sacos que cargaban. Aquellos hombres se refocilartan grandemente en las montañas de piméntón, revolcándose en ellas. La casa, inescrutable desde el paseo y el Malecón, bien podría esconder semejantes juegos prohibidos en su interior.



Otros, más fantásticos, decían de la niebla roja del atardecer, hecha con sangre; la misma que luego recogería Alfanbú una tarde con el gallo. Aquellos hombres la traerían convertida en polvo rojo, para tirarla al río que, secretamente, pasaba por el mismo suelo de la casa. Por eso el agua era marrón, casi roja, cuando resbalaba entre los dos ojos del Puente Viejo, más abajo del Molino.

Por último, aquellos que siempre andaban construyendo radios de galeña y cámaras oscuras con cajas de zapatos y cristales espejados, los que siempre llevaban en los bolsillos extraños tornillos provenientes, decían, de los motores de los coches; aquellos explicaban que el agua del río llevaba disuelta esa tierra y que en el Molino la evaporaban. El agua se haría entonces nieblibumo rojo que teñiría aquellos hombres mientras amasaban con grandes palas las calderas hirvientes. La tierra, rojo pimentón, quedaría así en el fondo, separada del agua.

Indiferentes a nosotros aquellos hombres, cargados de sacos y de misterios, iban y venían del molino a la calle, subiendo y bajando la cuestecilla que unía el paseo con el río.

Algún tiempo más tarde, cuando ya no formábamos banda y los florones de cemento habían desaparecido de sus pedestales sobre la balaustrada, volví al molino. Tenía un aire desolado, pleno de abandono. Una fuerte noción de tiempo dejado atrás me invadió por primera vez en mi vida. Descendí por la cuestecilla. La compuerta de la presa que alimentaba el molino estaba cerrada, el agua que daba en ella era un cúmulo de cañas, trapos, suciedad, envases de plástico e insectos voladores, heraldos de la inmundicia. El agua del río ya no era marrón, casi roja; presentaba una coloración entre verdosa y gris, sucia y pobre, imagen misma de la miseria. Hasta la cascadilla sonaba más fragorosamente; me pareció escuchar un eructo continuo, como de vómito incesante. Ningún pez jugaba con el agua descendiente. Los cañaverales, más allá del molino, altísimos, amenazaban invadir la casa. Los ojos del puente apenas se reflejaban en la inmundicia que arrastraba el agua.

La tarde era gris y amenazaba con el húmedo frío que prelude el aguacero. Miré alrededor y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuera recuerdo de la muerte.



